

PEREGRINACIONES UNIVERSITARIAS

O X F O R D

Por ALBERTO WAGNER DE REYNA

—¿Y cuál es la misión de ustedes?, nos preguntó a Antonio Gómez Robledo y a mí, Sir David Ross, el hombre que más sabe sobre el Estagirita en todo el mundo.

—Visitar a Oxford y conocer a usted, fué mi respuesta, nosotros también somos fervientes de Aristóteles.

El Preboste del Oriel College, que tal es el cargo de Ross, está en pie ante una chimenea encendida, y golpea levemente con su pipa en una moldura de la estantería que circunda la amplia sala de su escritorio. Es un hombre alto y flexible — como una lámina de acero de Sheffield — jovial y un poco calvo, como corresponde a un sesentón mundialmente conocido. Habla un inglés claro, sin inflexiones oxonienses, de catedrático viejo acostumbrado a tratar con extranjeros que no aprecian debidamente la tartamudez de buen tono.

Vetustas gravuras exornan la chimenea y prácticamente todas las ediciones del Filósofo, sus comentadores, intérpretes y traductores, los anaqueles barrocos de la estancia. Una gran mesa — al centro — muestra los libros actualmente en uso y un aparato extraño como un saurio — una máquina de escribir de comienzos del siglo.

Afuera nieva; y los copos convierten la alfombra verde de la hierba naciente en el patio (en el patio aquel que tantas veces cruzara Newman antes de su conversión) en un campo albo — como la piel de un enorme oso polar extendida entre los edificios del colegio. Pero Sir David no repara en el caer de las nubes, y aconseja

a Gómez Robledo — el licenciado para el cual Francisco de Vitoria no guarda ya ningún secreto — el Comentario de Steward como el mejor guía en la interpretación de la *Etica* de Nicómaco, mientras otro erudito en cuestiones aristotélicas, José Muñoz, que nos ha presentado al maestro, me revela el enigma de la máquina novecentista: es para escribir en griego; envidiable instrumento. La charla se prolonga, sobre Christ y Bonitz, sobre Hicks y Tricot, sobre Jaeger Ravaisson... Ross la conoce a fondo, pero muestra poco entusiasmo por la crítica de textos continental; más los viejos comentaristas son otra cosa: Zabarella, Pedro Hispano y Pedro da Fonseca, y desde luego los escolásticos y griegos.

El Preboste golpea su cachimba en la moldura; y una nube de apostillas, un nevar de interpretaciones, una densa neblina de lecturas opuestas — tan curiosamente gratos como un día de mal tiempo en Oxford — puebla el recuerdo de esa tarde en que visité a W. D. Ross.

* * *

Nos habíamos hospedado en la Mitra, hotel típicamente inglés: esa posada alega una antigüedad de 600 años y en cada una de sus habitaciones vive, como guardián de una tradición circunscrita a cuatro paredes pero enlazada con la gravitación histórica de aquella universidad príncipe, un duende amable que cuida del "cachet" del aposento y a lo sumo se permite poner en desorden los zapatos de los dormilones. Cuadros de ilustres académicos, mapas antiguos de Bleuw, dibujos de estudiantes victorianos, desniveles, escaleras complicadas, candelabros, vajilla Reina Ana por doquiera; todo aquello que acumuló el tráfico de generaciones de viajeros, de padres visitantes de sus hijos en Christ-Church o en la Magdalena, de extranjeros curiosos y hasta de algunos oxonienses que allí celebran sus fiestas, llena esa casa que cruje al viento como velero, que se queja como un anciano importunado por sus nietos.

La cortina de nieve vela las perspectivas, pero descubren de repente — cumpliendo así su función de cortina que es alentar la curiosidad para después, en un gesto magnánimo, presentar lo inesperado — un patio, una torre o una callejuela, por la que transitó Vives o en que se puede tropezar con Madariaga. El gran manto de

armiño envuelve la ciudad de colegios y librerías; las pinceladas negras de una ventana ojival o de un alero empinado dan profundidad al cuadro, que — si se realizase lo imposible (¡oh gentlemen!) y se colocasen en él algunos aldeanos riñendo — emularía los deliciosos paisajes hibernales de Bruegel.

La biblioteca oxoniense es abundosa en manuscritos, en recovecos y pasadizos, en ediciones novísimas, en celosos guardianes; habita entre amplios jardines y se enconde tras una fachada maravillosa. Es una de aquellas vetustas instituciones en que hay primero que orientarse; después se deja conocer; al fin se la descubre. Y lo mismo acontece con las librerías de segunda mano, donde se encontrará desde una Bekkeriana hasta un mapa del Perú del siglo XVII, desde un trasnochado mamotreto (que quiere decir: Criado por su abuela) hasta un texto recién establecido por un profesor del lugar y editada por la Oxford Press.

Y entre los colegios aristocráticos y las tabernas, las rúas tortuosas y los prados verdes o nevados, se desenvuelve la vida de esa embajada de la Edad Media cerca de los Tiempos Modernos, de ese castillo de investigación y humanismo circundado por la tormenta pragmática y financiera de la lucha por la existencia, de ese islote en la Isla, de ese ojo azul abierto al cielo casi siempre nublado.